

que decir compro ni vendo! Facundo, ya no compro más que la salvación eterna; y vender... no vendo nada. Adiós.

HUGUET

Adiós.

ESCENA VI

MONCADA, DOÑA EULALIA

MONCADA

Hermana, hay que sacar de su compromiso á la pobre Marquesa...

EULALIA

¿Qué?

MONCADA

Qué tú tienes ahorros.

EULALIA

¿Pero qué dices?

MONCADA, *alzando la voz.*

Que puesto que tienes numerario disponible...

EULALIA

No oigo una palabra. Me he quedado enteramente sorda con los aires colados de esta maldita casa.

MONCADA

Tú recibes puntualmente tus rentas y no gastas un céntimo.

EULALIA

Te repito que no oigo nada... ¿Dinero yo? ¡qué cosas tienes! Si quieres auxiliar á Florentina háblale á tu yerno, á ese don Judas de California que ha sabido apoderarse de la casa de Moncada...

MONCADA

¡Qué tontería!

EULALIA

Sí, y concluirá por echarnos de Santa Madrona... Vamos, tu actitud de sumisión y pasividad, parecenme á mí un sintoma de chochez... (*Contrariada de que Moncada no da importancia á sus expresiones.*) No tenemos vergüenza si toleramos tanta humillación. ¡Un hombre que no nos consulta nada, que apenas me saluda, que nos tiene ahí como figuras decorativas, como adornos de su grosería sobredorada! Somos tú y yo al modo de un par de jarrones que pone... así... á los lados de su grotesca personalidad para hacerla lucir... Por mí no me importa. Sé padecer, sé anularme... La humildad es mi orgullo, y mi incienso los ultrajes... ¡Pero tú...! No, no, Juan; tú no debes tolerarlo.

MONCADA

Pero mujer...

EULALIA, *sin dejarle meter baza.*

Tu poquedad de ánimo... para que lo sepas... es un grandísimo pecado... Y ofendes á Dios entregando tus negocios en las manos puercas de ese Holofernes. Sin ir más lejos, considera las limosnas que se repartían en tu tiempo y las que se reparten ahora.

MONCADA, *suspirando.*

¡Y qué le hemos de hacer!

EULALIA

¿Pues y la indecencia de negar á la Orden Tercera un terreno que le pertenece?

MONCADA

Bueno... ¿Y qué?

EULALIA

¡Me gusta tu calma! ¡Los pobres! ¡los ministros del Señor!... Por ti, claro, que los parta un rayo. ¡Bonita manera de ser religioso! ¿Y crees que te vale andar todo el día de hocicos en los franciscanos, y llevar la velita en las procesiones, y quitarle motas al padre Cleto? No, hijo, esas exterioridades no te valen para el fin sin fin, que dijo el otro.

MONCADA, *interrumpiéndola.*

¡Eulalia!... ¡Bah!

EULALIA

No, no me callo. Tú con tal que te echen puntualmente la sopa boba, transijes con ese hereje...

MONCADA

¿Hereje? ¿Pero si tú fuiste quien armó la conspiración para hacerle mi yerno?

EULALIA, *con viveza.*

Porque creí que casándole le amarraríamos al lábaro de la fe. Pero luego ha resultado que Victoria carece de poder evangélico... ¡Vaya un fiasco! Bien merecido le está por meterse á renditora... y sin pedir consejo á nadie... por sí y ante sí, la muy estrafalaria.

MONCADA, *alzando más la voz.*

Respóndeme á lo que te pregunto.

EULALIA

Respondo que Victoria no sabe amansar al ferroz vestiglo... ¡Y para esto abandonó la pureza y santidad del Socorro!... Que oiga, sí, que oiga lo que dicen de ella las Hermanas... y sacerdotes respetabilísimos... Que procedió muy de ligero, que no consultó el caso con la Superiora, ni con el Director de la Congregación...

MONCADA, *incomodado.*

Basta. ¿Oyes ó no lo que te digo?

EULALIA

Pero ¿qué?

MONCADA

¿Quieres ó no auxiliar á Florentina?

EULALIA, *como haciendo un esfuerzo para oír.*

¡Ah!... ya... Florentina... ¡También esa!... No es que yo la critique. Pero bien se ve que la levantan de cascos las vanidades de este mundo, todo lo temporal y transitorio...

MONCADA

No pretende más que salvar el Clot.

EULALIA

¿Y para qué quiere ella fincas?... ¡con un pie en la sepultura, sin necesidades ya! Mejor pensará en prepararse para una buena muerte.

MONCADA, *nervioso, fuera de sí.*

No se te puede sufrir, hermana. Estás hoy de remate.

EULALIA

Lo que te digo es que no pienso volver á poner los pies en este caserón, donde no se oye hablar más que de la porquería de los negocios...

MONCADA

Bah... déjame...

EULALIA

Y decididamente me voy de aquí, me retiro á mi casita del Ampurdán, donde haré vida recogida y de estrechísima penitencia... Imítame, hombre; vente conmigo. Viviremos como ermitaños, sin pensar más que en Dios y en la muerte.

MONCADA

Gracias... vete tú.

EULALIA

Y tú conmigo. Hermano querido, no adores más al infame becerro.

MONCADA, *desesperado.*

Que te calles, por Dios. No te puedo aguantar.

EULALIA

Piensa que no somos sólo materia; que tenemos un espíritu...

## ESCENA VII

*Dichos.* GABRIELA, JAIME, LA MARQUESA, *que entran por el ángulo del foro. Poco después* VICTORIA, *por la izquierda.*

MONCADA, *al encuentro de los recién llegados.*

¡Hijita mía, Jaime!

GABRIELA, *abrazándole.*

Ya estamos aquí.

EULALIA

¿Y para mí no hay un abrazo? *(La abrazan los dos.)*

GABRIELA

¿Y mi hermana?

MONCADA, *mirando por la izquierda.*

No sabrá quizás... Ahí la tienes. *(Entra Victoria, y las dos hermanas se abrazan y besan con ternura.)*

LA MARQUESA, *llevando aparte á Moncada.*

Malas noticias me ha traído Jaime.

MONCADA

¡Paciencia, amiga mía!

LA MARQUESA

¿Y Eulalia?

MONCADA

Está muy sorda. No me entiende.

LA MARQUESA

Yo se lo diré.

MONCADA, *deteniéndola.*

No, no le diga usted nada. Su sordera es tan atroz, que aunque le pidiera usted el favor á cañonazos no se enteraría.

LA MARQUESA

¡Dios tenga piedad de mí! *(En el fondo forman un grupo Victoria, Gabriela y Eulalia. Jaime se acerca á su madre y á Moncada, que están en el proscenio.)*

JAIME, *aparte á la Marquesa.*

¿Será posible, mamá, que ese perverso no te conceda siquiera un par de semanas?...

LA MARQUESA, *aparte á Jaime.*

Aún me resta una esperanza. Gabriela hablará con Victoria...

VICTORIA

Hoy comerán todos aquí.

EULALIA, *con repugnancia.*

¡Yo... comer yo en la cueva del lobo!...

GABRIELA

Yo sí, por acompañarte y charlar un rato. Pero Jaime no se sienta á la mesa de tu marido, así le ahorquen.

JAIME, *nervioso.*

Creo que debo marcharme, mamá. *(Mirando con recelo á la izquierda.)* Si ese hombre sale, no respondo de mi discreción.

MONCADA

Prudencia, Jaime.

JAIME

Pues me voy.

MONCADA, *cogiendo del brazo á Jaime.*

Nos repartiremos. (*A Victoria.*) Gabriela come contigo, y nosotros nos llevaremos á Jaime y á su mamá.

LA MARQUESA, *aparte á Gabriela.*

Si consigues algo...

GABRIELA, *vivamente.*

Le mandaré á usted un recadito.

LA MARQUESA

Bien... Pero yo volveré por aquí antes de comer. No tengo sosiego.

(*Salen doña Eulalia, la Marquesa, Moncada y Jaime.*)

### ESCENA VIII

VICTORIA, GABRIELA

GABRIELA

¿Y los nenes?

VICTORIA

No tardarán en venir por acá. (*Asomándose por la derecha.*)

GABRIELA

¿Siguen en casa?

VICTORIA

Si; me los traen acá dos veces al día.

GABRIELA

¡Qué ganas tengo de comérmelos á besos!... Conque cuéntame. (*Sentándose las dos en el proscenio.*) Tus cartas son tan discretas, que por ellas no sé nada de lo que te pasa. ¿Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz? ¿No me das noticias de algún alivio en la carga que llevas?

VICTORIA

¡Ay, no! Cuando me casé... cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GABRIELA

Ya... Te gusta el dolor como si fuera un dulce. ¡Qué alma tienes!

VICTORIA

Aún no puedo decir qué me fascinó más, si la idea del mal que á mi propia me causaba, ó la del bien que quería ofrecer á la persona que más quiero en el mundo.

GABRIELA

La verdad... todos esperaban de ti mayor influencia sobre tu tirano... que le modificaras poquito á poco.

VICTORIA

¡Modificar! (*Con tristeza.*) ¡Ah, lo intento!  
¡Empresa magna! Figúrate que te propones  
abrir un túnel de ferrocarril con la punta de  
una aguja... Cierto que cumple con la Iglesia,  
por compromiso que contrajo conmigo... por fór-  
mula, sin fe... como se cumplen las reglas de  
policía urbana; es decir, que Dios viene á tener  
para él una significación semejante á la del  
Ayuntamiento.

GABRIELA

¡Qué hombre!... ¿Acaso te trata mal?

VICTORIA

Eso no: conmigo es afectuoso... á su manera...  
No deja de serlo sino cuando se interpone el  
maldito interés.

GABRIELA

¿Y tú...?

VICTORIA

¿Yo... qué?

GABRIELA

¿Le quieres?

VICTORIA

Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar!  
No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia  
ha pasado por tremendas luchas y desfalleci-  
mientos horribles. Al principio, asustóme la

aversión terrible que me inspiraba. Mi alma  
perdió toda serenidad; creí que el demonio me  
había cogido en sus garras feroces, y que lo que  
yo miraba como acto heroico era una tremenda  
caída... Después, mis sentimientos han ido va-  
riando poquito á poco.

GABRIELA

¿Y ya no te inspira aversión?

VICTORIA

Ninguna... Algo así como lástima piadosa...  
Le miro casi como á un niño.

GABRIELA

¡Vaya un bebé!

VICTORIA

Y, la verdad, no me gusta que le pase nada  
malo.

GABRIELA

Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija,  
ahí tienes el milagro: sólo que en vez de reali-  
zarse en él, se va realizando en ti. ¿Y puedes  
mirarle cara á cara?

VICTORIA

Me voy acostumbrando.

GABRIELA

¿Y soportas su tosquedad, su falta de delica-  
deza?

VICTORIA

Por grados á todo se llega... figúrate... Procediendo gradualmente, puede una usar como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GABRIELA, *riendo*.

¡Qué cosas tienes!

## ESCENA IX

*Dichos. CRUZ, que entra por la izquierda en mangas de camisa, con una blusa azul en la mano, mostrando un rasgón en la manga.*

CRUZ

Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

GABRIELA, *con desabrimiento que no puede vencer*.

Sí... ¿Y qué tal?

CRUZ, *á Victoria*.

Dame la otra.

VICTORIA

Si no se ha lavado.

CRUZ

No importa.

VICTORIA

Espera un poquito. (*Sale por la izquierda.*)

CRUZ

¿Y Jaime?... ¿qué tal? ¿Gana dinero?

GABRIELA

No tanto como usted... pero viviremos... (¡Qué vil! No piensa más que en los miserables cuartos.)

CRUZ, *abriendo el armario de las herramientas y cogiendo de él algunas.*

Sí, hay que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra ó en las de la sociedad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo, antes que lo descubran otros... y después, guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape... (*Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella, Gabriela lanza un chillido.*) Qué, ¿se asusta usted?

GABRIELA

Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

CRUZ

Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fio.

VICTORIA

Aquí está. (*Dándole la blusa.*)

CRUZ

Venga. (*Se la pone.*) Sospecho que hay comu-

nicación entre las vigas del faldón del tejado y la chimenea de las muflas... (*Por Gabriela.*) Esta se asusta... No sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tratar más que señoritos... ilustrados!

GABRIELA

(¡Qué horror de hombre!)

CRUZ, *recordando.*

¡Ah!... antes tengo que hacer otra cosa. (*Deja el hacha arrimada á una silla, y se va por la izquierda.*)

#### ESCENA X

VICTORIA, GABRIELA

GABRIELA, *cruzando las manos.*

¡Hermana querida, no puedo expresar cuánto te compadezco!... ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que los sobrinillos alegran un poco tu tristesísima vida!

VICTORIA

Sí, son mi consuelo.

GABRIELA

- Te distraen.

VICTORIA

Me distraigo con ellos y además con otra cosa.

GABRIELA

¿Con qué?

VICTORIA

Te vas á reir...

GABRIELA, *con mucha curiosidad.*

Dímelo.

VICTORIA

Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GABRIELA, *comprendiendo.*

Ya.

VICTORIA

Llevo toda la contabilidad menuda de los talleres y de la casa. Me ha impuesto esta obligación y la cumplo sin gran esfuerzo.

GABRIELA

¿Y llevas los libros?...

VICTORIA

Ya lo creo... Todo muy ordenadito. Y cuidado con que se me escape alguna cantidad. No creas, el cargo no es cosa de juego. Me ha hecho también su cajera particular.



GABRIELA

Hermana querida, déjame, déjame que te compadezca más y que te admire. Tu vida es más árida y penosa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICTORIA

No tanto... ¡Si vieras...! La pícara administración tiene sus encantos. Mi rosario y los números son mi entretenimiento. Pasando cuentas se me van las horas, y á la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito, el del espacio donde se ven flotar las cosas divinas.

GABRIELA

¡Ay, Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa, ó no sé qué eres. Con tal vida, y al lado de ese adefesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre Marquesa...

VICTORIA

¡Ah!... no me digas... ¡Qué pena!

GABRIELA

¿Pero es posible que tú...?

VICTORIA

Le he dicho cuanto hay que decir... todo inútil. ¡Hombre extraño! Su exactitud á toda

prueba tiene ese horrible contrapeso, la inflexibilidad con el infeliz que no puede cumplir. Ni á su padre perdonaría, ni á mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo, cuanto más á tu suegra.

GABRIELA

Ya sé que nos aborrece, como aborrece á todo el género humano. Es muy triste que tú, su mujer, no puedas... (*Recriminándola.*) No, no eres su esposa, eres su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de esa administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. (*Levantándose.*) No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICTORIA, *sintiéndole venir.*

Calla.

## ESCENA XI

*Dichos.* CRUZ, *que entra vestido de blusa y con botas de agua.*

CRUZ, *á Victoria.*

Mira, este talón se lo das á Silvestre Rius, el primo de Huguet, que vendrá por él esta tarde.

VICTORIA, *toma el talón y lo mira.*

(Cincuenta y nueve mil...) (*Lo guarda en el bolsillo de su delantal.*)

CRUZ

Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la fábrica...

VICTORIA

Bien. ¿Vienes pronto á comer?

CRUZ

No sé el tiempo que me entretendré por ahí arriba. Si tardo, me mandas la comida en la fiamblera.

VICTORIA

Pero hombre...

CRUZ

Lo primero es lo primero. (*Coge el hacha y un trozo de cuerdas, y vase por el fondo.*)

## ESCENA XII

VICTORIA, GABRIELA

VICTORIA, *después de una pausa en que está profundamente abstraída.*

¡Ah... la siento... sí!

GABRIELA, *asustada.*

¿Qué?

VICTORIA, *con cierto desvarío.*

¡La ráfaga... eso que me da... lo que llamo la inspiración, el impulso misterioso, no, divino, de mis resoluciones... Como siempre me salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios!

GABRIELA

No te entiendo.

VICTORIA

Hablaré un lenguaje claro, tan claro, que... (*Saca el talón y se lo da.*) Toma.

GABRIELA, *sin resolverse á tomarlo.*

¡Victoria...!

VICTORIA, *rápidamente.*

Sí, la loca, la visionaria, como dice tu marido, siente otra vez el chispazo que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad á los actos audaces y decisivos. Dale esto á Florentina. Añadiéndolo á lo que ha reunido, tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GABRIELA, *asustada.*

Pero...

VICTORIA

No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GABRIELA

¿Y no temes...?

VICTORIA

No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Llévaselo corriendo á Florentina.

GABRIELA

¡Ay, no sé qué temor me sobrecogel... (*Decidiéndose al fin á tomarlo.*) En fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. (*Se asoma á los cristales de la derecha.*) ¡Ah! los chiquillos. (*Con alegría.*) ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICTORIA, *asomándose también.*

Sí; suele acompañarles al campo. Verás cómo se despide en la puerta. Jamás entra aquí.

GABRIELA

¡Pero qué mona está Mercedes! (*Mirando y saludando con el pañuelo.*) ¡Y Aurorilla, qué espijada!... Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICTORIA

Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GABRIELA

¿Suben por aquí?

VICTORIA

No; entran en el comedor por la galería baja.

GABRIELA, *impaciente.*

Pues vamos allá.

VICTORIA

Sí; pero no olvides eso.

GABRIELA

¡Ah!... sí... el talón... Voy...

VICTORIA, *mirando otra vez.*

Ahí tienes á Daniel... Pero ya se va... Mira.

GABRIELA

Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero?...

VICTORIA

Llámale.

GABRIELA

Daniel, Daniel... (*Señalando afuera.*) Ya vuelve la cara... Ya me ha visto... (*Llamándole.*) Ven; sube.

VICTORIA

Allá te espero. (*Vase por la izquierda.*)

## ESCENA XIII

GABRIELA, DANIEL

DANIEL, *desde la escalera, como sin atreverse á entrar.*

¿Qué me quieres?

GABRIELA

Corre; dale, dale á tu mamá esto. (*Pone el talón en un tarjetero ó carterita, sujeta con un elástico, y se lo entrega.*)

DANIEL

¿Y qué es esto?

GABRIELA

No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone la pobre.

DANIEL, *receloso.*

¿Victoria... Victoria te lo ha dado?

GABRIELA

Sí.

DANIEL

Quizás sin consentimiento de su marido...

GABRIELA

Eso no es cuenta tuya... Anda.

DANIEL

Está bien.

GABRIELA

No te entretengas... Me voy á ver á mis sobrinillos. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XIV

DANIEL, *solo.*

¡Y mi madre acepta esto! ¡Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama á la puer-

ta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. (*Con desaliento.*) ¡Ah! mi pobre madre no tiene fe, no sabe abrazarse á la desgracia; no sabe encariñarse con la pobreza, despreciar los bienes transitorios; no comprende el inmenso triunfo moral de ser pisoteada por la bestia... ignora que morir en la humillación es resucitar en la verdad... (*Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.*) No sé qué tufo del infierno se respira en este caserón, guarida de la fiera rapaz y sanguinaria... No sé cómo Victoria... (*Asaltado de una idea penosa.*) ¡Ah! mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprendible matrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y... ¡Más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas de boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir...! (*Con sarcasmo.*) ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fe, cuando anhelaban el martirio pedían á Dios que les deparase un verdugo; jamás le pidieron un marido... (*Confuso.*) No sé, no sé qué mujer es esta; y cuando quiero tenerla por sublime, se ofrece á mis ojos como la más vulgar de las criaturas. (*Meditando.*) ¡Quién sabe...! Sí... sí... lo que digo, se dejó contaminar del mal de la época, del infame positivismo...